

33  
Sac. Francisco GONZÁLEZ BELTRÁN



**Inspectoría Salesiana de San José**

**Colegio Salesiano  
Burriana**

## Rvdo. D. Francisco González Beltrán

El día 10 de diciembre entregó plácidamente su alma a Dios, en Burriana (Castellón), su ciudad natal, este ejemplar Sacerdote Salesiano, que se supo ganar la simpatía de cuantos le trataron, por la cordialidad y llaneza de su trato y por la bondad de su carácter. El funeral, que tuvo lugar en la Iglesia de María Auxiliadora del Colegio de Burriana, fue un verdadero duelo en su querido pueblo natal. Acudieron a darle el último adiós innumerables personas que se sentían unidas a él por lazos de parentesco, amistad y gratitud, entre ellas, muchísimos antiguos alumnos suyos, y estaban presentes el Padre Provincial y numerosos salesianos de toda la Inspectoría de Valencia. El Alcalde hizo la representación de la ciudad. Hubo, además, una notable asistencia del Clero Diocesano.

Don Francisco González (D. Paco, como familiarmente le llamábamos) había nacido el 2 de febrero de 1899, en Burriana, y después de haber estado algún tiempo como alumno en el Colegio Salesiano de la calle de Sagunto, pasó al Aspirantado de Campello, el año 1915, y luego, a Carabanchel Alto (Madrid), donde hizo el Noviciado y los estudios de Filosofía. Terminado el trienio práctico en Valencia, estudió Sagrada Teología en Campello, y recibió la Ordenación de Sacerdote en Barcelona, el 2 de junio de 1928.

Don Francisco fue un hombre de notable empuje.

Procedente de una familia de negociantes y exportadores de naranjas, heredó también él ese instinto que adivina posibilidades y vence los obstáculos.

Durante los años de la República, además de las clases en el internado, estuvo como responsable de los alumnos de Maestro que residían en el Colegio Salesiano de la calle de Sagunto, de Valencia. De tal modo supo ganarse sus simpatías, que desde entonces muchos de ellos han estado en comunicación continua con él, visitándole en grupo todos los años hasta darle la última despedida en su funeral.

Ya por entonces no tuvo reparos en enfrentarse con las autoridades laicas de la República, tratando de librar al Colegio del cerco cada vez más estrecho de las leyes antirreligiosas y de los registros y asaltos de las turbas. Al estallar la guerra civil fue muy buscado por Valencia y entre sus familiares de Burriana y Almazora; mas previendo el peligro, y con la excusa de perfeccionar su francés, había logrado, pocos días antes,

pasar a Francia, evitando así el trágico fin que tuvieron otros varios salesianos de su Colegio.

Ya en Francia se preocupó de la suerte de los salesianos en la zona republicana, ayudándoles en cuanto era posible y sirviendo de enlace entre los mismos y los Superiores Mayores.

El último año de la guerra pasó a la zona nacional, y desde Salamanca siguió vivamente los acontecimientos y esperó con ansia la liberación de Levante. Apenas liberada Valencia, se hizo cargo inmediatamente del Colegio y empezó a poner en orden el caos en que quedó tras haber sido utilizado, por tres años, como hospital militar.

Allí pasó D. Francisco la difícil década de los cuarenta, dando la talla de sus extraordinarias cualidades de Administrador; pues lo difícil no fue tanto el poner en rodaje el Colegio tras el vendaval de la guerra civil, cuanto el superar la difícil crisis de la postguerra, durante la que hubo de industriarse de mil maneras para que, en tan dura escasez, no faltase el abundante alimento a los varios centenares de internos y medio-pensionistas del Colegio. La rúbrica a esta gesta, tan admirada en la Inspectoría, la puso un antiguo alumno de entonces al despedir por última vez a D. Francisco. Abrazado casi a sus restos mortales rompió en llanto, proclamando entre sollozos las preocupaciones y sacrificios pasados por D. Francisco, en tan extremadas circunstancias, por darles de comer.

De nuevo volvieron a brillar sus cualidades cuando, tras breves períodos en los colegios de Horta (Barcelona) y Alicante, fue destinado a éste de Burriana, su ciudad natal. Puede decirse que si este Colegio existe hoy día y tiene la pujanza actual, es debido en gran medida a D. Francisco. El intervino, estando todavía en Valencia, activa y eficazmente ante los Superiores Mayores para que, en época de gran penuria y languidez local, no se clausurase, como estaba ya decidido; y fue al llegar él cuando en poco tiempo aquellas grises escuelitas se fueron convirtiendo en un sólido y prestigioso centro cuyo influjo empezó a trascender a toda la provincia.

Esta eficaz labor externa era fruto natural de su amor por todo lo salesiano.

Amaba con filial afecto a D. Bosco y a María Auxiliadora, y hacía lo posible por difundir estas devociones. A ello tendía el organizar y dar el mayor relieve posible a las fiestas tradicionales, especialmente la de María Auxiliadora, con su esplendorosa y popular Procesión, y la creación de la Archicofradía y multiplicación de las capillitas de María Auxiliadora, la am-

plia difusión del «Boletín Salesiano», la preocupación por los Cooperadores y Antiguos Alumnos, y la veneración y respeto a los Superiores con el fiel cumplimiento de sus consignas.

También fue muy intensa y sentida su piedad. De ello eran prueba las jaculatorias y frases afectivas de entrega y amor a Dios, que con frecuencia brotaban de sus labios durante la meditación, las visitas al Santísimo, el rosario que hasta los últimos días tuvo en la mano, la intensidad con que vivía el Mes de María, y las novenas y fiestas litúrgicas del Señor y de la Virgen.

También muy delicado y atento con los demás. A pesar de su cargo y del agobio y penuria de los tiempos que le tocó vivir, fue siempre magnánimo con todos los salesianos, hasta hacerse proverbial la generosidad y esplendidez con que recibía a los visitantes.

Sabemos que ya estará gozando de la Paz con el Señor Jesús.

El interceda desde el Cielo por todos nosotros, por la Congregación y por la Iglesia.

Vuestro afmto. y hermano en D. Bosco,

JOSE LLACER SANCHO  
Director